

# Democracia y despotismo



Estamos leyendo en la «Revue des Deux Mondes» las Memorias que monsieur Maurice Paléologue, embajador de Francia junto al zar de Rusia durante la gran guerra, iba escribiendo en el curso de ésta. Titúlase «La Rusia de los zares durante la gran guerra», y son de un interés vivísimo, ya por el asunto mismo, ya por la manera animada, limpia y clara de la exposición. ¡Y qué de enseñanzas! Sobre todo para nosotros, los españoles de hoy. Porque el estado íntimo—de podredumbre y de cobardía y de cinismo—en que se encuentra hoy, en su derrumbe, el reino de España se parece mucho al del imperio de los zares cuando ocurrió allí la catástrofe prevista y que no se quiso evitar.

Lo más del excelente trabajo de monsieur Paléologue se contrae a contar sucesos, a exponer hechos y a pintar caracteres. Que lo hace como un consumado psicólogo. Pero alguna vez, o hace reflexiones morales, políticas o históricas, o expone las de otros.

Queremos ahora reproducir lo que el domingo, 25 de junio de 1916, escribía el embajador de la República francesa en la corte imperial del zar de Rusia. Escribía así:

«A Rusia es a donde hay que venir para comprender bien aquel pensamiento de Tocquévile: «La democracia inmortaliza el despotismo.»

Por esencia no es la democracia necesariamente liberal; puede, sin marrar de su principio, conciliarse con todas las formas de la opresión: política, religiosa, social, etc. Pero bajo el régimen democrático el despotismo no se deja coger porque está esparcido en las instituciones, porque no encarna en nadie, porque se le encuentra en todas partes y en ninguna a la vez; es como un vapor difuso, invisible y asfixiante, que se confunde, por así decirlo, con el clima nacional. Uno se irrita por ello, sufre, se queja; pero no se sabe con quién habérselas. Así es que lo más a menudo se acaba por acomodarse al mal y resignarse a él, pues no cabe odiar fuertemente lo que no se ve.

Al contrario, bajo el régimen autocrático, el despotismo se realiza en el estado más denso, el más macizo, el más concreto. Se personifica en un hombre, en un solo hombre; provoca el máximo de odio.»

No se puede decir mejor.

Antes, el 24 de mayo del mismo año, escribía:

«En 1839, Nicolás I decía al marqués de Custine: «Concibo la República; es un gobierno neto y sincero, o que, por lo menos, puede serlo. Concibo, naturalmente, la Monarquía absoluta, pues que soy el jefe de semejante régimen. Pero no concibo la Monarquía representativa: es el gobierno de la mentira, del fraude, de la corrupción, y antes que adoptarlo preferiría recular hasta «la China.» Nicolás II piensa como su abuelo.»

Hay una afirmación en las palabras del Nicolás I de 1839 que no puede pasar así, y es aquello de que concebía la Monarquía absoluta, «naturalmente», por ser jefe de semejante régimen. No se puede ser presidente de una República y no concebir el régimen republicano, y se puede ser rey absoluto y no comprender el absolutismo. Y acaso el peor régimen del llamado Poder personal sea el de una persona que, por no serlo en el más honroso sentido, no pueda concebirlo.

Y ahora vamos a recordar otra vez—y no será la última—lo que el conde de Romanones dejó escrito en la página 25 de su libro «El ejército y la política». Donde dice: «El derecho público ha evolucionado; a las viejas Monarquías de origen divino han seguido las Monarquías constitucionales, y éstas van siendo sustituidas por las Monarquías integralmente democráticas. Ya no cabe resistir; si alguno lo intentara y se opusiera al proceso de esta evolución, fatal e inevitable, desaparecería; ya sólo hay lugar para las Monarquías que en su esencia sean iguales a las Repúblicas burguesas, sin más diferencia que aquella que impone la conservación tradicional de las dinastías históricas.»

¿Y qué diferencia es esta a que aquí se alude? El conde no nos la explica.

Pero hay algo que debemos hacer constar, y es que hasta para un socialista, para un comunista mismo, siempre que sean liberales y demócratas—y otra cosa no es ser socialista—, una República burguesa es preferible a una Monarquía que pretenda ser socialista, a un despotismo individual en beneficio de una clase. Porque aquí se paga el beneficio con la servidumbre.

Más de esto otra vez.

Miguel DE UNAMUNO

